A mí sí que me importa - Levante de Castelló - 21/05/2016

A MÍ SÍ QUE ME IMPORTA

FORO CASTELLÓ XXI
Jorge Ribes Vicente
Membre del Claustre de la UJI

El pasado 20 de abril fueron las elecciones al Claustro de la Universitat Jaume I, nuestra particular fiesta de la democracia. Yo encabecé la candidatura de SAÓ, que ganó las elecciones por mayoría absoluta, pero una vez más los titulares se los llevó la baja participación: apenas un 12% del estudiantado votó. Dicho de otra forma, de las 13.586 personas llamadas a votar, acudieron 1.592.

Datos en mano, la pregunta es obvia: ¿qué nos está pasando a los jóvenes? El fenómeno de la baja participación en los procesos electorales, especialmente entre los jóvenes, no es exclusivo de la universidad, ni tampoco es ninguna novedad. Según una encuesta postelectoral del CIS, en las pasadas Elecciones Generales, el colectivo que menos acudió a votar fuimos los jóvenes. Según este estudio, también somos el colectivo al que menos interés suscita la política y los políticos. Además, cotejando los datos de otras elecciones universitarias a nivel nacional, observamos cómo en la mayor parte de universidades, la participación ronda cifras similares.

Para interpretar esta grave crisis como es la desafección política entre jóvenes, es de justicia analizar, aunque sea de forma superficial, el contexto socioeconómico en el que nos encontramos. Los jóvenes somos el colectivo más afectado por la crisis económica con casi el 50 % de jóvenes en paro y una precariedad laboral en alza. Sumado a la incertidumbre a medio plazo sobre las expectativas de futuro que muchos de nosotros tenemos, es lógico que nos sintamos excluidos no solo de la política, sino del sistema en sí.

Paralelamente a la crisis económica y social que he mencionado, ha nacido en los últimos años un nuevo dilema: la crisis de valores. Su peligrosidad radica precisamente en que muchos de nosotros nos hemos vuelto inmunes a la misma y aparentemente ha venido para quedarse. Abarca desde la corrupción instaurada como modus operandi de algunos, hasta la falta de solidaridad con tantos colectivos que sufren grandes dificultades en su día a día. Esta crisis está viviendo además su máximo exponente en los últimos meses con la falta de respuesta global ante una emergencia social como está siendo la crisis de los refugiados.

Si a todo esto le sumamos los privilegios, la lucha de egos, la impunidad ante determinados actos y la falta de honestidad de algunos de nuestros representantes políticos, estamos ante un cóctel que más bien constituye una carrera de obstáculos hacia el interés por la política. Son muchas las dificultades ante las que nos tenemos que enfrentar para seguir creyendo en la política como medio de solución de nuestros problemas.

Teniendo en cuenta todos estos factores, no es justo que nos sorprenda que toda una generación de jóvenes veamos la política como algo lejano, algo que no nos representa y con lo que no nos sentimos identificados. Sin embargo, no podemos ser los únicos culpables de sentir esta desafección hacia la política, no se nos puede achacar la culpa de las dramáticas cifras de paro juvenil o de la tardía edad media de emancipación.

En contraposición a todo esto, vemos cómo esta semana se ha llevado a las Cortes la propuesta de reducir la edad de voto a los 16 años. Esta medida cuenta con más votos a favor que en contra, ya que todas las fuerzas progresistas la han apoyado. No obstante, llama la atención que los que se opongan a esta medida sean precisamente aquellos que nos ha tenido olvidados durante tantos años, aquellos cuya inacción ha propiciado nuestra situación, aquellos que, en definitiva, han fomentado nuestro hartazgo hacia la clase política.

Es precisamente lo crítico de la situación que estamos atravesando, lo que debería alentarnos a los jóvenes para afrontar la misma. Ha llegado nuestro turno para demostrar que 'regeneración política' no es solo un eslogan que utilizan los partidos que pretenden vender falsa modernidad. Es el momento de interesarse y escuchar pero sobretodo de ser escuchados. En definitiva, es el momento de dar un paso adelante y demostrar que la generación más preparada de la historia de nuestro país, es también capaz de actuar ante lo que crea injusto.

Se nos plantea pues, una situación en la que quedarse de brazos cruzados no es una opción. Movilizarse es el paso necesario para poder reivindicar lo que merecemos. En poco más de un mes, se nos presenta de nuevo una gran oportunidad para demostrar que realmente queremos cambiar las cosas y no nos podemos permitir desaprovecharla. A mí sí que me importa mi futuro.